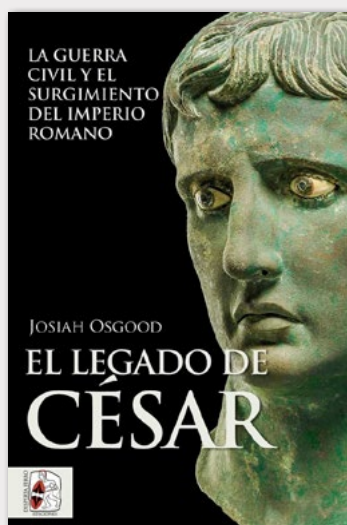


DESPERTA FERRO EDICIONES

Augusto, el romano que transformó la República en Imperio

Sobre las cenizas de la República y tras años de sangrientas guerras civiles, Octavio cambió por completo la historia de Roma, y con ella la del mundo. Ni los asesinos de César, ni tampoco Marco Antonio y la reina Cleopatra fueron rivales para el futuro emperador. El historiador Josiah Osgood ofrece una narración íntegra de la crucial época del Segundo Triunvirato, una panorámica de todo el Mediterráneo romano conjugando el análisis de la alta política con la experiencia del romano de a pie.



El legado de César
978-84-124964-7-5
584 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 28,95 €

En abril del año 44 a. C., Cayo Octavio, un joven de dieciocho años, desembarcaba en Brindisi y reclamaba la herencia y el nombre de su tío abuelo, Cayo Julio César. Tres lustros después, este *puer*, este “chaval”, como despectivamente lo motejara Cicerón, era el amo de Roma, tras derrotar primero a los asesinos de César, después al hijo de Pompeyo el Grande y, por último, a Marco Antonio y a la reina egipcia Cleopatra. En el proceso dismanteló la República, adoptó el nuevo nombre de Augusto y pasó a convertirse en el gobernante único de un imperio que abarcaba todo el Mediterráneo.

El legado de César relata de forma apasionante la época del segundo triunvirato y el ascenso al poder de Augusto, bebiendo de un variado caudal de fuentes –literarias, arqueológicas, iconográficas, numismáticas, epigráficas...– pero yendo mucho más allá de la narración y el análisis de las intrigas políticas y las sangrientas guerras civiles, ya que nos pone en la piel de las experiencias, padecimientos y esperanzas de los hombres y mujeres que vivieron aquel tiempo convulso. Un tiempo en el que los ciudadanos de Roma y sus provincias llegaron a aceptar una nueva forma de gobierno y encontraron formas de celebrarlo, pero en el que también lloraron, en obras maestras de la literatura y en historias transmitidas a sus hijos, por las terribles pérdidas sufridas. Osgood escribe historia antigua con un pulso y una empatía que rompen el immaculado mármol con el que imaginamos a Augusto y su época, para descubrir la humanidad que la habitó, a la que podemos comprender y compadecer.



Josiah Osgood es licenciado y doctor por la Universidad de Yale. Actualmente es profesor y director del departamento de Clásicas en la Universidad de Georgetown (Washington D. C.). Sus áreas de especialización son la historia de Roma y la literatura latina con especial interés en la crisis y caída de la República romana. Ha publicado numerosos libros y artículos, incluyendo *Roma. La creación del Estado Mundo*, *Claudius Caesar: image and Power in the Early Roman Empire*, *A Suetonius Reader: Selections from the Lives of the Caesars and the Life of Horace* y *Turia: a Roman Woman's Civil War*.

En librerías el miércoles 1 de febrero. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO DE *EL LEGADO DE CÉSAR*

«Mediante una lectura minuciosa y aguda de todo tipo de fuentes coetáneas, Osgood consigue trasladar al lector el horror que aquellos años fueron en las vidas de los romanos de a pie. A su dominio de la investigación actual se une un estilo admirablemente directo y accesible. Todo ello convierte *El legado de César* en una obra histórica auténticamente sobresaliente».

The Times Literary Supplement

«Un excelente logro [...] Un investigador menos dotado se habría perdido fácilmente en la variedad de fuentes de las que el autor extrae y reordena su material en un entramado asombroso. Ahora contamos con una visión del periodo triunviral donde antes no la había. Osgood ofrece una admirable demostración de originalidad investigadora, por lo que merece una calurosa felicitación».

Bryn Mawr Classical Review

«*El legado de César* es un modelo de escritura histórica «integrada», que ofrece una perspectiva mucho más amplia que la mayoría de las historias políticas tradicionales. [...] Su método de trabajo aunando estudios de casos bien documentados e historias individuales, y el hecho de que su análisis se entrelaza a la perfección con una narración cronológica de los acontecimientos, contribuye en gran medida a la vivacidad y accesibilidad de su relato».

L'Antiquité Classique



DOSIER DE PRENSA



SUMARIO

El legado de César explicado por Josiah Osgood



EN POCAS PALABRAS

En el 43 a. C., un año después del asesinato del dictador Julio César, comenzó un brutal experimento de autocracia. Se estableció una junta de tres hombres para gobernar la ciudad de Roma y su vasto imperio. Los tres miembros de este triunvirato podían reivindicar ser sucesores de César. Marco Antonio había sido uno de sus más próximos lugartenientes y organizó su funeral. Lépido había sido la mano derecha de César como dictador. El adolescente Octavio, el futuro emperador Augusto, era su sobrino nieto y heredero legal. Para vengar el asesinato de César, los triunviros iniciaron una guerra civil, pero casi desde el principio se enfrentaron entre sí. Solo podía haber un César a la vez. En estas sangrientas luchas murió la República. De sus cenizas surgió una autocracia permanente, como permanente sería su ejército.

El legado de César es el primer estudio de primer orden que se centra en cómo la guerra civil barrió la vida de los romanos comunes en los años del triunvirato y condujo a cambios perdurables en todo el imperio. Al igual que las guerras mundiales de los tiempos modernos, este conflicto arrasó la vida de millones de personas. Alrededor de una cuarta parte de los ciudadanos varones en edad de luchar sirvió en el ejército de un comandante u otro. Se confiscaron vastos territorios en Italia y provincias como Hispania, África y Grecia para asentar a los veteranos en nuevas colonias. En momentos clave, las demandas de los soldados y veteranos dieron forma a los acontecimientos políticos. Las comunidades provinciales tuvieron que aprender a lidiar con los triunviros mientras intentaban recuperarse de los estragos de la guerra. Trataron a los triunviros como

monarcas y así ayudaron a crear la nueva posición de emperador.

La guerra civil estuvo en los cimientos fundacionales del Imperio romano. Durante los siglos posteriores, los romanos justificaron el gobierno de un solo hombre recordando el caos del conflicto: miles de muertos a la vez en algunas de las mayores batallas de la historia antigua, y bandas de asalto recorriendo las calles de la ciudad de Roma para purgar a los opositores políticos. Algunos de los escritores más famosos de la literatura latina, como el poeta Virgilio y el historiador Tito Livio, iniciaron sus carreras en el período triunviral. *El legado de César* utiliza estos textos literarios para comprender por lo que pasaron los romanos y argumenta que la literatura contemporánea dio forma a cómo las generaciones futuras verían esta guerra. Los autores evocaron un mundo en el que los dioses, que una vez habían favorecido a Roma con un éxito asombroso, se enfurecieron o abandonaron a los romanos por completo. Solo parecía quedar la diosa Fortuna, que elevaba a algunos a grandes alturas mientras despedazaba a otros de formas que nadie podía predecir.

UNA PERSPECTIVA AMPLIA

El legado de César ofrece a los lectores una narración del triunvirato, desde su establecimiento en el 43 a.C. hasta su ruptura final y la victoria de Augusto sobre Antonio y la amante de Antonio, Cleopatra de Egipto, en el 30 a. C. Se explican las alianzas y disputas en constante cambio de los principales políticos, así como las campañas militares más importantes. Las disputas políticas, en última instancia, se resolvieron mediante grandes batallas en tierra y mar. A lo largo del libro, se incluyen las historias de aquellos individuos que las

protagonizaron y sus experiencias en la guerra. El largo discurso fúnebre de una mujer romana, inscrito en una enorme tumba de mármol, muestra cómo salvó la vida de su marido cuando los triunviros lo declararon fuera de la ley. Algunos de los primeros poemas de Virgilio dan una idea de cómo se desarrolló la confiscación de tierras en su ciudad natal de Mantua, en el norte de Italia.

El **capítulo 1** comienza con el funeral de Julio César, en el que Marco Antonio provocó a los dolientes hasta el frenesí, una escena inmortalizada por Shakespeare. Se produjo el caos, mientras los asesinos y partidarios de César debatían cómo se debería gobernar Roma ahora. Los lectores ven los acontecimientos a través de los ojos de Cicerón, un político de alto rango que salió de su retiro y atizó a Antonio en las *Filípicas*. Aunque Cicerón declaró tirano al muerto Julio César, llegó a un entendimiento con el heredero de este, el adolescente Cayo Octaviano... solo para que este lo apuñalara por la espalda. Cicerón esperaba que el Senado recuperara el control de Roma, pero el destino de la República estaba en manos de los veteranos de César. El apoyo de los veteranos al joven Octavio propició su ascenso al poder y le aseguró un lugar en la mesa junto a Marco Antonio y Lépido. En noviembre del 43 a.C. se estableció el triunvirato.

La primera acción del triunvirato fue publicar una lista de proscritos, que fueron condenados instantáneamente a muerte. Se ofrecieron grandes recompensas en efectivo por sus cabezas. El **capítulo 2** cuenta la historia de estas persecuciones, la víctima más famosa de las cuales fue Cicerón. En la plataforma del orador en Roma, desde donde había pronunciado tantos discursos de renombre, apareció su cabeza clavada. Sobreviven historias de docenas de otros proscritos, a menudo con énfasis en el horror doméstico: traiciones por parte de sus esposas, hijos y esclavos. También hay historias milagrosas de aquellos que se escondieron y se salvaron. Las persecuciones se convirtieron en materia de memoria popular. Sin embargo, los cambios de suerte eran reales. Los triunviros establecieron el poder a través del terror. Este capítulo también analiza la resistencia a los triunviros liderada por los asesinos de César en el Mediterráneo oriental, los "Libertadores", como se llamaban a sí mismos. En Filipos, en lo que es la Grecia moderna, se libraron dos de las batallas más sangrientas de la Antigüedad, que terminaron en pérdidas catastróficas para los Libertadores. Poetas y biógrafos escribieron sobre aquellos que cayeron como héroes y calificaron la batalla como el fin de la República libre.

Después de la batalla de Filipos, Antonio estableció el control sobre Oriente y comenzó su célebre romance con Cleopatra. Octavio regresó a Italia para presidir las confiscaciones de tierras en beneficio de los veteranos de César, un evento traumático que conduciría a una mayor guerra civil. Estas confiscaciones son el tema del **capítulo**

3. Virgilio las conmemoró en su primer libro de poesía, las *Églogas*, una obra inspirada en poemas griegos sobre la vida pacífica del campo, pero interrumpida una y otra vez por las incautaciones. Uno de los personajes se queja de que un "soldado bárbaro" se apodera inesperadamente de su granja. *Fors omnia versat*: "El azar pone todo patas arriba". Virgilio escribió sobre los perdedores, pero también hubo ganadores. Los monumentos funerarios de los soldados y sus familias muestran cómo los veteranos adoptaron una nueva vida en sus nuevas propiedades. Más allá de Italia, se crearon nuevas colonias para veteranos que se convirtieron en algunas de las grandes ciudades de Europa, como Lyon. La guerra civil se tradujo en ruina para algunos, prosperidad para otros.

El **capítulo 4** trata de la salvaje guerra civil que estalló en Italia. Los opositores de Octavio finalmente se vieron acorralados en la ciudad de Perusia (la actual Perugia), donde se rindieron por hambre. El poeta Propertio, que venía de cerca, llamó a Perusia "la tumba de nuestro país". Marco Antonio vio la oportunidad de eliminar a Octavio, pero los dos se reconciliaron y, a la antigua usanza, sellaron su alianza con un matrimonio: Antonio se casó con la hermana de Octavio, Octavia. Virgilio aclamó la paz en una de sus *Églogas* que imaginaba el nacimiento de un nuevo niño y el regreso de una edad de oro. Más tarde, los cristianos asumieron que Virgilio estaba hablando de Cristo y lo convirtieron en un cristiano honorario. Para los italianos en ese momento, las esperanzas se desvanecieron rápidamente cuando los triunviros reanudaron las hostilidades.

El **capítulo 5** analiza la vida cotidiana en Italia. Sexto Pompeyo, hijo del gran rival de César, Pompeyo el Grande, recurrió a un bloqueo naval para cortar las importaciones de cereales y presionar a Octavio. El hambre carcomía a los romanos. Sin embargo, hubo algunas mejoras. Las persecuciones terminaron. Algunos de los sobrevivientes lograron regresar y se las arreglaron para empezar una nueva vida. El poeta Horacio dio consejos sobre cómo vivir con menos en sus *Sátiras*. El capítulo también examina la vida cotidiana en Oriente. El gran rival de Roma, el Imperio parto, invadió territorio romano y saqueó ciudades y santuarios religiosos. Los hombres fueron vendidos como esclavos. El pueblo de Afrodisias, en la Turquía moderna, perdió una estatua de oro del dios Eros que les había dado César, pero Octavio ayudó a restaurarla.

Pero no todo fue pesimismo, aunque los relatos literarios se recreen en el horror. Hombres nuevos, miembros de familias que nunca antes habían desempeñado un alto cargo político o militar, asumieron funciones importantes: se ganaron honores para ellos mismos, llegaron a desfilar por las calles de Roma en carros triunfales y ocuparon prestigiosos sacerdocios. Por supuesto que tenían que trabajar

con los triunviros, lo que podía ser comprometedor, pero la guerra civil, lejos de ser una tragedia sin sentido, les dio oportunidades. Se rompió el dominio que las grandes familias nobles habían ejercido sobre la República durante siglos. El **capítulo 6** analiza a estos nuevos hombres y muestra cómo las nuevas ideas de nobleza, basadas en la virtud en lugar del nacimiento, ganaron vigencia. Estaba en marcha una revolución en los valores romanos.

En los **últimos dos capítulos**, asistimos al derrumbe del triunvirato. Después de la derrota de Sexto Pompeyo, Octavio y Antonio destituyeron a Lépido del poder. Octavio, que llegó a dominar el oeste mientras Antonio era señor del este, convirtió su enfrentamiento inminente en una lucha del occidente virtuoso contra el oriente degenerado, basándose en estereotipos que se remontan a las Guerras Médicas. Octavio invirtió en la ciudad de Roma y mejoró sus servicios, mientras que Antonio, en una apuesta en busca de la gloria, invadió el Imperio parto y perdió gran parte de su ejército. Obligado a depender más de Cleopatra, se divorció de Octavia. En respuesta, Octavio afirmó que su antiguo colega había sido hechizado por la “ramera egipcia” ¡Antonio ya no era romano! En la batalla naval de Actium, en septiembre del 31, Antonio y Cleopatra perdieron la mayor parte de su flota y ejército y se vieron obligados a huir. Los amantes murieron en Egipto al año siguiente, tragedia que se tornaría legendaria. El libro termina con las celebraciones de Octavio en Roma, y con el auge financiero en la capital impulsado por la riqueza confiscada de Egipto. Octavio trató de hacer creer a los romanos que compartían su victoria, pero los horrores que habían sufrido nunca podrían olvidarse.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Los lectores se llevarán de este libro la idea de que las guerras se encuentran entre los eventos más profundamente determinantes de la historia. Desde la Biblia y las epopeyas de Homero en adelante, las guerras siempre han sido un tema de fascinación en Occidente. Pero su impacto total a menudo se subestima. Las grandes guerras tienen consecuencias incluso siglos después. Podemos ver esto en los



Cabecita de fayenza que representa a Octavio Augusto encontrada en Egipto, quizá elaborada a finales del reinado de este o incluso ya durante el de su sucesor, Tiberio. Aunque se desconoce el contexto de su hallazgo, se ha sugerido que procedería de Menfis, dada la relevancia de esta ciudad como capital religiosa del país: allí se instauró un culto a Augusto tras la conquista, y el sumo sacerdote de Ptah de Menfis fue escogido como su oficiante principal, el «profeta del César». The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Estados Unidos, donde la Guerra de Secesión sigue siendo el evento central de la historia de este país: acabó con la esclavitud, limitó el poder de los estados, creó una nueva idea de ciudadanía nacional que se suponía garantizaría la igual protección de las leyes, y engendró una mitología en la que se sustenta el supremacismo blanco. Una guerra cuyo significado se cuestiona hasta en la actualidad, con estallidos de violencia en torno a determinados símbolos y monumentos del conflicto.

Mi libro muestra que la guerra civil al final de la República romana fue una guerra total, al igual que los grandes conflictos de los tiempos modernos como las Guerras Napoleónicas, la Guerra de Secesión y las guerras mundiales del siglo XX. Las grandes batallas tensionaron a una sociedad romana que puso toda la carne en el asador, volcando todos los recursos, y que se vio asimismo profundamente transformada. La guerra era destructiva, pero también creativa. Nació un ejército profesional. Los veteranos romanos emigraron a las colonias de ultramar por miles. La nobleza se redefinió para referirse al mérito, en lugar del nacimiento.

Uno de los mayores legados del período triunviral fue la invención de la idea de la guerra civil, el enfrentamiento de ciudadano contra ciudadano, que resultaría ser una acuñación romana. La literatura escrita durante el período triunviral e inmediatamente después, a menudo presentaba la guerra civil como puro caos. El desorden de la guerra se convirtió en un contraste para la monarquía más estable de Augusto y los emperadores que lo sucedieron. Unas imágenes que se utilizaron en la Europa moderna, cuando los monarcas intentaron afianzar su poder. Pero la realidad de la guerra civil romana, como muestro en mi libro, era más compleja. La guerra civil fue terriblemente violenta, pero también inspiró nuevas ideas sobre cómo organizar el Estado y la sociedad.

LAS CLAVES DEL LIBRO

Es el primer libro en narrar de forma íntegra la crucial época del Segundo Triunvirato, desde el asesinato de César hasta la instauración del Principado por Octavio. No se limita a analizar la alta política del periodo, sino que conjuga esta con la experiencia cotidiana del romano de a pie. Josiah Osgood logra poner al lector en la piel de los individuos que vivieron aquel tiempo convulso.

Se trata de una visión panorámica de todo el Mediterráneo romano, desde la Urbe hasta las provincias, que se nutre de una enorme variedad de fuentes: literatura, arqueología, numismática o epigrafía. Todo ello lo convierte en un libro imprescindible para entender cómo Roma pasó de República a Imperio.

El Legado de César relata el ascenso al poder de un joven e inexperto Octavio que tras derrotar a los asesinos de César e imponerse a los otros triunviros y a Cleopatra, terminó convirtiéndose en el implacable Augusto, el primer emperador de Roma.

Las sangrientas guerras civiles que salpicaron el Segundo Triunvirato dejaron una profunda impronta en la sociedad romana. Las instituciones políticas republicanas se quebraron por completo y las repercusiones afectaron a toda la población.

Caos, confiscaciones de tierras, hambrunas, campañas propagandísticas y agónicos dilemas. Bisagra entre la República y el Imperio, el Segundo Triunvirato fue testigo de la importancia de la opinión pública y el uso de la propaganda.



DOSIER DE PRENSA



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **Josiah Osgood**, doctor por la Universidad de Yale y profesor y director del departamento de Clásicas en la Universidad de Georgetown (Washington D. C.). Sus áreas de especialización son la Historia Romana y la Literatura Latina con especial enfoque sobre la caída de la República romana. Ha publicado numerosos libros y artículos, incluyendo *Roma. La creación del Estado mundo*. Ahora con Desperta Ferro Ediciones, publica *El legado de César. La Guerra Civil y el surgimiento del Imperio romano*.

Pese a la importancia del periodo triunviral, bisagra entre la República y el Imperio, hasta ahora no existía una monografía íntegramente dedicada a él, ¿por qué esta ausencia?

Los historiadores a menudo se han especializado en la República o en el Imperio romano. El período triunviral, entre medias de ambos, es una especie de tierra de nadie. Es tentador detener la historia de la República con el clímax dramático del asesinato de César, y comenzar el Imperio con la victoria de Augusto. Los enmarañados pero cruciales años que quedan en el medio han sido ignorados hasta que escribí mi libro.

«El triunvirato ayudó a institucionalizar la autocracia que César había logrado brevemente como dictador».

¿Qué representa el Segundo Triunvirato en la transformación de la República en Imperio?

Los romanos tenían un imperio mucho antes del asesinato de César en el 44 a.C. Pero no había un ejército permanente: las legiones se levantaban y se disolvían según fuera necesario. En los años del triunvirato, las legiones de César salieron de su retiro y se convirtieron en permanentes, con nombres e insignias específicos, como la Legio X Equestris. El heredero de César, nacido Cayo Octavio, tomó el nombre de César. El triunvirato ayudó a institucionalizar la autocracia que César había logrado brevemente como dictador.

Una de las grandes virtudes de *El legado de César* es que, más allá de la alta política, trata de arrojar luz sobre las experiencias, los padecimientos, y las esperanzas de los individuos de a pie, tanto en Roma e Italia como en el resto del mundo romano. ¿Ha sido complicado ponerse en su piel?

Sí, fue difícil pero gratificante. No tenemos la riqueza de diarios o cartas que los historiadores modernos pueden usar para ilustrar la Guerra de Secesión, por ejemplo. Encontré útil leer algunas de las ricas fuentes históricas sobre la vida bajo las tiranías modernas, por

ejemplo, la Europa nazi. Los romanos se enfrentaron a decisiones similares sobre la disyuntiva entre la colaboración o la resistencia.

En este sentido, el aparato documental del libro es sorprendente por su extensión y complejidad, pero imagino que ha sido un reto imprescindible para conseguir esa pluralidad de visiones a que antes hacíamos referencia, ¿verdad? ¿Cómo ha gestionado esta enorme variedad de fuentes?

Hay fuentes magníficas para este período de la historia. Historiadores y biógrafos posteriores, como Plutarco, brindan relatos importantes de la alta política y de las principales personalidades, como Antonio y Cleopatra. Pero busqué en otras partes perspectivas más próximas y las encontré en poetas contemporáneos como Virgilio y registros administrativos de las ciudades orientales del Imperio romano que estaban inscritos en piedra.

El Segundo Triunvirato aparece en su libro como un periodo tremendamente violento, ¿cuáles son los principales retos que hubo de afrontar el ciudadano romano durante este periodo tan convulso?

Las guerras civiles suelen ser las más violentas, y son difíciles de terminar, porque los combatientes deben aprender a reconciliarse, a vivir uno al lado del otro y de alguna manera a olvidar las atrocidades cometidas. Las instituciones políticas romanas e incluso el estado de derecho llegaron a quebrarse por completo. Hubo muchas promesas de paz, y la mayoría se rompieron. El pesimismo se apoderó de los romanos, sumidos en una lucha física – la comida a menudo escaseaba debido a la guerra– y también mental por la supervivencia.

La propaganda política, algo que actualmente vivimos en nuestro día a día, exacerbada por las redes sociales, no es algo nuevo. ¿Qué importancia tuvo el uso de la propaganda política en las guerras civiles del periodo triunviral?

La propaganda política era bastante importante. La tecnología ha cambiado, pero los temas a menudo siguen siendo los mismos. Los romanos entendieron que los ataques personales llamaban la atención, y de este modo, un líder acusaba a otro de ser un borracho o un perverso sexual. Los diferentes bandos desplegaron símbolos visuales simples y poderosos. Una moneda famosa del asesino de César, Marco Bruto, por

«Los romanos entendieron que los ataques personales llamaban la atención, y de este modo, un líder acusaba a otro de ser un borracho o un perverso sexual».

«Es tentador detener la historia de la República con el clímax dramático del asesinato de César, y comenzar el Imperio con la victoria de Augusto».

ejemplo, muestra las dagas utilizadas y el gorro frigio que se les da a los esclavos liberados.

La figura que emerge como triunfador de este terrible periodo es ese *puer* que Cicerón minusvaloró, Octaviano. ¿Cómo podemos explicar su triunfo?

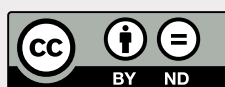
Octavio (luego Augusto) tenía apenas 18 años cuando comenzó a reclutar el ejército con el que vengaría a Julio César y alcanzaría el poder por sí mismo. Era el sobrino nieto de César, y eso ayudó. Atribuyo el triunfo de Augusto sobre todo a sus cualidades personales: implacabilidad, trabajador incansable y de férrea determinación. El biógrafo Suetonio escribió que tenía un sofá especialmente equipado para que pudiera trabajar cómodamente en sus papeles hasta altas horas de la noche.

¿Cómo influyó este periodo en la configuración política que Octaviano aplica para que la República pase a ser un régimen unipersonal, el Imperio?

Octavio ascendió al poder como heredero de César, y la impronta de César estaba por todo el imperio, especialmente en el ejército. Pero César también sirvió de contraejemplo. Después de su muerte, ningún líder romano se llamó a sí mismo dictador, por ejemplo. A medida que Octavio acumulaba cada vez más poder, trató de ser menos ostentoso en su uso, evitando así ofensas innecesarias. La inestabilidad del período triunviral también afectó a sus reformas: creó un sistema administrativo mucho más desarrollado para gobernar la ciudad de Roma y el imperio.

Ha publicado también con Desperta Ferro otro libro, *Roma. La creación del Estado mundo*. ¿De qué manera pueden complementarse uno con el otro?

Roma. La creación del Estado mundo ofrece un panorama más amplio. En ese libro, observo cómo la riqueza fluía hacia Roma e Italia según progresaban las guerras de conquista y la construcción del imperio. Esta riqueza desestabilizó la política, ya que nuevos grupos de interés exigieron su parte del botín. Al mismo tiempo, el imperio amplió los horizontes culturales de los romanos. Construyeron teatros al estilo griego y produjeron una literatura que rivalizaba con la de estos. *El legado de César* aporta una perspectiva más cotidiana de la crisis política en su apogeo, y la emanación literaria que generó.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

El legado de César

Agradecimientos

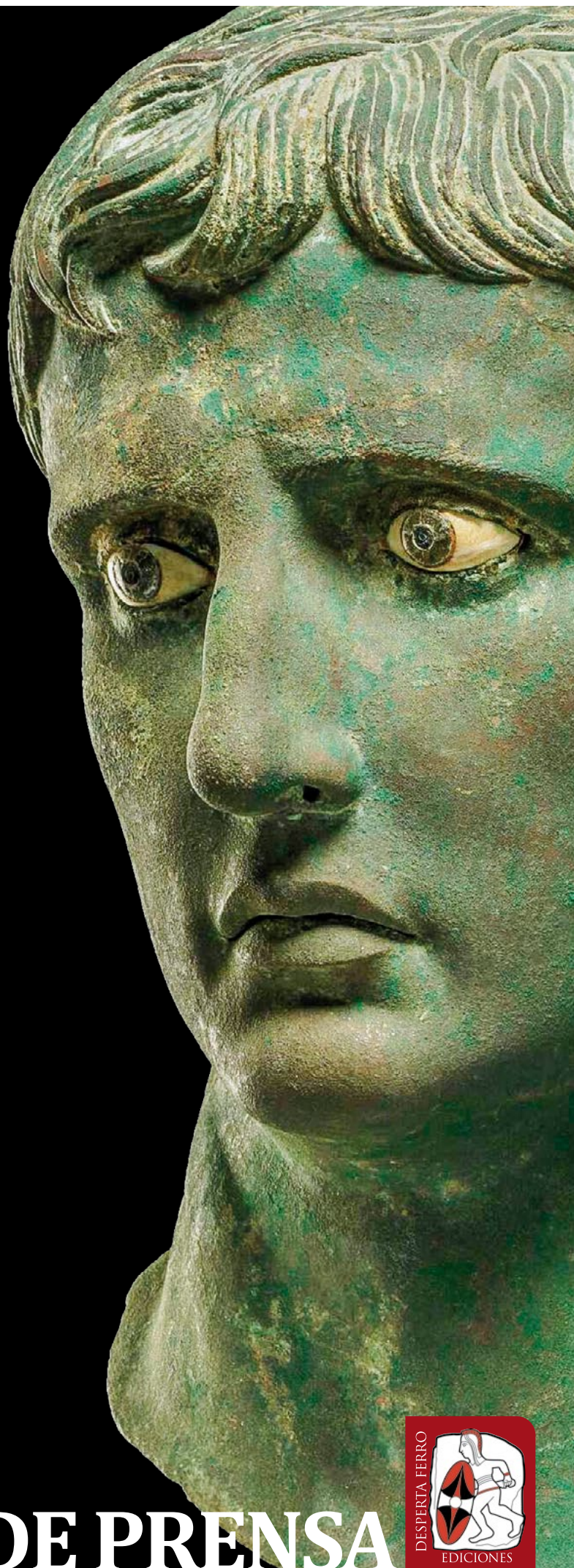
Introducción

1. Un estadista entre soldados
2. Combates por la libertad
3. Confiscaciones de tierras
4. ¿De la discordia a la armonía?
5. La lucha por la supervivencia
6. La nueva nobleza
7. El sentido de compromiso
8. El consenso nacido del caos

Anexo

Bibliografía

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

UN ESTADISTA ENTRE SOLDADOS

El joven lo complicó todo. Imprevisiblemente, César había nombrado su principal heredero a Cayo Octavio, un muchacho de dieciocho años procedente de Velitrae, un pueblecillo de los montes Albanos cercano a Roma, próximo a la calzada principal y «conocido únicamente por su vino y sus caracoles». Sus orígenes eran bastante modestos, pues su padre había sido el primer miembro de la familia en acceder al Senado. Sin embargo, la madre de Octavio era Atia, una sobrina de César, y parece ser que este último, falto de un hijo varón de su matrimonio con Calpurnia, estuvo más que dispuesto a aceptar a su sobrino nieto como heredero, o incluso, llegado el caso, como sucesor propiamente dicho. Cuando le llegó la noticia del asesinato de César, de hecho, Octavio se encontraba en Apolonia, en la costa occidental de la península balcánica, ultimando junto a su tío los preparativos para emprender una campaña contra los partos. De inmediato regresó a Italia, donde recibió las primeras noticias del testamento de César e, inmediatamente después, las primeras cartas de su siempre ansiosa madre y de su padrastro Marcio Filippo aconsejándole que renunciara a una herencia que, recordemos, implicaba asumir el nombre de César y, según parece, convertirse en su hijo adoptivo póstumo.⁷¹ Octaviano, sin embargo, escribió a su padrastro para anunciarle que estaba decidido a aceptarla, a vengar la muerte de su tío abuelo y a convertirse no solo en su heredero, sino también en su sucesor.⁷²



Tras una breve y decepcionante visita a Roma, hacia el 18 de abril Octavio (u Octaviano, como los especialistas modernos prefieren llamarle ahora, con independencia de que él, astutamente, comenzara a utilizar su nuevo nombre mágico, «César») había llegado ya a Nápoles y se había reunido con Balbo, quien a continuación le había transmitido a Cicerón la decisión de Octaviano de aceptar la herencia.⁷³ Balbo, cuya pericia financiera le había convertido antaño en uno de los consejeros más eficaces de César, se mantenía por entonces junto a Hircio y Pansa, también ellos fieles aliados de César y designados ambos para detentar el consulado al año siguiente. Pese a sus conexiones con el dictador, los tres hombres parecían favorecer, al menos en aquellos momentos, la política conciliatoria de Antonio. O, al menos, ninguno de ellos le dijo nada a Cicerón sobre la necesidad de vengarse de lo sucedido en los idus.

Muy diferente, y por ende preocupante, fue la charla que el orador mantuvo en la casa de Filippo, donde se encontró con el hijastro de este, Octaviano. «Aquí con nosotros, de forma sumamente respetuosa y amigable, [está] Octavio». El joven, soberbio y enfermizo aunque deferente y nada feo, representaba la antítesis de Antonio. El día anterior, Cicerón le había escrito a Ático: «totalmente entregado a mí». Cicerón no parecía comprender del todo las intenciones del muchacho, y estaba mucho más inquieto por las de quienes le rodeaban.

Los suyos ciertamente lo saludan llamándolo César; Filippo no, de modo que yo tampoco. Digo que no puede ser un buen ciudadano, de tantos como lo rodean, los cuales, por cierto, amenazan de muerte a los nuestros y afirman que esta situación no se puede tolerar. ¿Qué te parece cuando el muchacho llegue a Roma, donde nuestros Libertadores no pueden vivir seguros?

Cuando el joven regresara a la Urbe, como Ático ya había pronosticado que sucedería, se produciría a buen seguro una pugna con Antonio que podría acabar con la frágil paz reinante.⁷⁴

Cabeza de tamaño superior al natural que pudo formar parte de una estatua sedente del emperador Augusto realizada ya durante el reinado de su hijastro y sucesor, Tiberio. En la actualidad se conocen más de doscientos cincuenta retratos de Augusto, incluidas numerosas estatuas de cuerpo entero. Aunque los rasgos de Augusto son individualizados y característicos, se le representa de forma idealizada y sin edad, eternamente joven, puesto que no se conocen retratos suyos de anciano, pese a que cuando murió, en el año 14 d. C., tenía setenta y siete años. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

CAPÍTULO 2

COMBATES POR LA LIBERTAD

La fuerza de avanzadilla de los triunviros se replegó a la espera de poder reunirse con el resto de su ejército, cuyo avance se había demorado debido a la exitosa oposición de las flotas republicanas estacionadas en el Adriático. Al tener noticia de los logros de Bruto y Casio, Antonio, ya en Macedonia, avanzó posiciones y acampó en la llanura de Filipos, a poco más de un kilómetro de las fortificaciones de Bruto y Casio. Octaviano, que se había quedado rezagado para terminar de reponerse de una enfermedad, temió entonces por Antonio (y por su propia reputación) y aceleró el paso para reunirse con él en su campamento. El ejército de los triunviros sumaba también unas veinte legiones, pero, aunque estas estaban ligeramente más completas que las de los Libertadores, contaban con menos caballería.¹¹³ Con casi 200 000 legionarios (y numerosísimos auxiliares) desplegados en torno a Filipos, la batalla que estaba a punto de librarse alcanzaría unas proporciones mucho mayores que la de Mutina o incluso que la de Farsalia, donde en total habían combatido unos 60 000 romanos, o puede que 70 000.¹¹⁴ Es posible, de hecho, que la historiografía moderna no haya enfatizado bastante la colosal magnitud del enfrentamiento.

Antonio estaba ansioso por entrar en combate, pues sus suministros eran limitados, mientras que los Libertadores, con sus almacenes isleños al alcance de la mano, podían permitirse el lujo de aguardar al momento más oportuno. Según Apiano, esta circunstancia obligó al triunviro a ensayar un movimiento audaz: durante la noche, envió a parte de sus soldados a construir entre los juncos de la ciénaga un terraplén oculto por el que su ejército pudiera cruzar para posicionarse en la retaguardia de Casio, interponiéndose entre sus legiones y el

mar.¹¹⁵ Cuando el Libertador comprendió cuáles eran sus intenciones, emprendió la construcción de una contra-fortificación, lo que espoleó a un Antonio ya desesperado a atacar su campamento. La primera batalla estaba en marcha. Tan pronto como observaron desde la distancia el asalto frontal de Antonio, las tropas de Bruto, al parecer sin aguardar órdenes de sus superiores, avanzaron para aplastar al ejército de Octaviano y capturar el campamento de los triunviros. El propio Octaviano, todavía enfermo, no pudo ser localizado: alertado por un sueño de su médico, había abandonado su tienda horas antes, o al menos eso es lo que él mismo afirmaría tiempo después en su autobiografía.¹¹⁶

Entretanto, las fuerzas de Casio sufrieron un duro revés y no pudieron evitar que Antonio tomara su campamento. Ignorante, entre el polvo y la confusión, del éxito alcanzado por las fuerzas de su colega, el líder republicano se suicidó, con lo que puso fin al primer asalto. La carnicería de aquella jornada había sido brutal y alcanzó, según las estimaciones de un superviviente, los 24 000 muertos.¹¹⁷ Pese a todo, tras una tregua de tres semanas, Bruto, en contra de su propio criterio y presionado por sus soldados y oficiales, volvió a ofrecer batalla el 23 de octubre.¹¹⁸ Las fuerzas triunvirales rompieron sus líneas y lanzaron a los hombres de Bruto a una sangrienta desbandada, tomaron su campamento principal, y el propio Bruto quedó acorralado contra las colinas que se levantaban al norte, amparado apenas por cuatro legiones. Al amanecer, se quitó la vida. Poco después, su cadáver fue encontrado por Antonio, quien se ocupó de ofrecerle un funeral adecuado y de enviarle sus cenizas a Servilia.¹¹⁹

Denario de plata acuñado por Bruto en el 43 o 42 a. C. en conmemoración del asesinato de César (RRC 508/3). Las acuñaciones de los Libertadores, cuyo propósito inmediato era mantener la fidelidad de las tropas que servían bajo su mando, funcionaban también como perfecto medio para la difusión de su programa político.



CAPÍTULO 4

¿DE LA DISCORDIA A LA ARMONÍA?

Cuando apenas habían transcurrido unos meses desde la derrota de Lucio, el estallido de una nueva guerra civil en Italia parecía inminente. La espiral de los acontecimientos ganaba más y más velocidad. Algunos comenzaron a elegir bando, otros se mostraron indecisos, pero entonces intervino el colectivo de pacifistas más efectivo, los soldados de Antonio y, en concreto, los de Octaviano. De la misma forma que los ejércitos de Lépido y Antonio hacían confraternizado y se habían negado a combatir en el 43 a. C., al manifestar que la lealtad hacia sus comandantes tenía ciertos límites, de nuevo ambas tropas parlamentaron entre ellas de manera informal y dejaron claro que no estaban dispuestas a entrar en combate.¹⁰⁸ Los hombres de Octaviano respetaban demasiado a Antonio y es probable que ambos ejércitos fueran conscientes de que en realidad aquella disputa carecía de fundamento, como sí lo había tenido Filipos. Pronto, los soldados eligieron como negociador a Cocceyo Nerva, quien ya para entonces se había movido entre ambos bandos y había suscitado muestras de entendimiento mutuo. Junto a él, se sentaron a la mesa de negociaciones otros dos interlocutores (Mecenas, en representación de Octaviano, y Asinio Polión, en la de Antonio), los cuales terminaron posibilitando la paz. Octaviano y Antonio se fundieron en público en un abrazo, que de inmediato fue imitado por una muchedumbre de soldados que estalló en vítores y felicitaciones hasta altas horas de la madrugada. Los triunviros, por su parte, aprovecharon para volverse a repartir sus respectivas esferas de influencia, con lo que Octaviano quedó a cargo de la mayor parte de Occidente y Antonio conservó el poder sobre Oriente, con la misión explícita de expulsar de Asia a los partos y recuperar los estandartes de Craso. Lépido, por último, gobernaría la provincia de África, sumida durante los últimos años en la inestabilidad. Y así fue como,

en septiembre del 40 a. C., se rubricó la que pasaría a la historia como la Paz de Bríndisi.¹⁰⁹

Para apuntalar el pacto, los negociadores recomendaron recurrir a una práctica antiquísima: una alianza matrimonial entre las dos partes. Por casualidad, la impopular esposa de Antonio, Fulvia, acababa de fallecer, como también le había sucedido a Marcelo, el marido de la hermana mayor de Octaviano, Octavia, quien por entonces rondaba los treinta años. A efectos prácticos, si la inteligente y atractiva Octavia se casaba con Antonio, podría respaldar como nadie la nueva amistad entre los dos triunviros, tal como años atrás la hija de César, Julia, había sabido preservar la paz entre su padre y su esposo Pompeyo.¹¹⁰ Pero

aquel matrimonio se convertiría también en un *símbolo* poderoso y palpable de la nueva concordia alcanzada entre Antonio y Octaviano. Las manos entrelazadas de la pareja, un motivo habitual en la iconografía funeraria romana que representaba a esposos y esposas, se convirtió en este caso en un emblema de buena voluntad entre Antonio y Octaviano, el hermano de Octavia.

La palabra que por entonces estaba en boca de todos, y con razón, era *concordia*, el tipo de armonía que los romanos preferían que existiera entre las partes proclives a la disputa, ya se tratara de partidos, de clases sociales o de cónyuges.¹¹¹

Era «el resultado de un equilibrio de fuerzas, y se necesitaba de dos elementos para generarla».¹¹² De hecho,

las menciones a *concordia* podían aludir a muchos aspectos de la Paz de Bríndisi: la recuperación del entendimiento entre Antonio y Octaviano; el final de las disputas entre los triunviros, el Senado y el pueblo de Italia; el nuevo matrimonio de Antonio, tan diferente de las relaciones al parecer tensas que había mantenido con Fulvia...

Durante los meses que siguieron a Bríndisi, todas estas «concordias» fueron publicitadas a través de diferentes mecanismos.



Quinario de Octaviano y Marco Antonio (RRC 529.4b).

CAPÍTULO 5

LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA

Las guerras civiles del periodo triunviral paralizaron por completo los estudios académicos, al menos por lo que respecta al grupo de jóvenes que se encontraba estudiando en Atenas cuando César fue asesinado. Entre ellos, además del hijo de Cicerón, figuraba también el poeta Horacio, tal como este último refiere en la biografía que tiempo después redactó sobre sí mismo, en *Epístolas* 2.2.41-48:

*Romae nutriri mihi contigit, atque doceri
iratus Grais quantum nocuisset Achilles.
adiecere bonae paulo plus artis Athenae,
scilicet ut vellem curvo dinoscere rectum,
atque inter silvas Academi quaerere verum.
dura sed emovere loco me tempora grato,
civilisque rudem belli tulit aestus in arma
Caesaris Augusti non responsura lacertis.*

Yo tuve la suerte de que me educaran en Roma y de aprender cuánto daño había causado a los griegos la ira de Aquiles. La amable Atenea me dio un poco más de saber: el afán de distinguir lo torcido y lo recto y de buscar la verdad entre los sotos de Academo. Pero los duros tiempos me echaron de tan agradable lugar y, aunque no sabía lo que era la guerra, la tempestad civil me llevó a tomar unas armas que no iban a estar a la altura del brazo de César Augusto.

En varios momentos de su autobiografía, Horacio se lamenta por todo lo que le ha ocurrido, sobre todo en el verso *dura sed emovere loco me tempora grato*, como manifiesta por el enfático orden de palabras y por el verbo fuerte *emovere*, que, según sugiere su prefijo, debe traducirse por algo similar a «echar», «expulsar». Mas es probable que la percepción de Horacio del periodo triunviral no fuera una experiencia aislada: los desposeídos que tuvieron que abandonar sus granjas, Varrón separado de su biblioteca, los soldados itálicos que fueron obligados a combatir en ultra-

mar... El propio Propertio, que deploró la Guerra de Perusia, se refirió precisamente a los «tiempos difíciles» (*duris... temporibus*, 1.22.4) por los que atravesaba Italia.

Pero también resulta significativa la manera en la que Horacio, que redactó su carta muchos años después, interpone en todo momento una distancia segura entre su persona y los acontecimientos. Es más, con suma discreción presenta la victoria de Antonio en Filipos como si hubiera sido obra de Octaviano y, de paso, asegura que su propia decisión de combatir al servicio de Bruto no fue sino una acción que escapó a su control, pues se vio arrasado sin remedio por «la tempestad civil».⁴³

Esta mezcla equilibrada de elementos serios y cómicos continúa en los versos conclusivos de la biografía, en 49-52:

*unde simul primum me dimisere Philippi,
decisis humilem pennis inopemque paterni
et laris et fundi, paupertas impulit audax
ut versus facerem.*

Tan pronto como Filipos me licenció, humillado y con las alas cortadas, privado del hogar y del fundo paterno, me empujó a hacer versos la osada pobreza.

Horacio pasa de puntillas sobre la terrible matanza de Filipos (habla de sus «alas cortadas», en lugar de los miles de soldados caídos), pero en cambio sí que incorpora un toque de emoción cuando alude a las confiscaciones de tierras. A fin de cuentas, cuando su ciudad natal, Venusia, una de las dieciocho poblaciones que figuraban en la lista original, perdió sus campos, Horacio no solo hubo de renunciar a sus riquezas, sino que también se quedó sin su casa paterna (*paterni / et laris et fundi*).⁴⁴ La situación de pobreza a la que de súbito se vio abocado, añade el poeta recuperando su tono desenfadado, le empujó a empuñar la pluma con la que compuso las *Sátiras* y los *Epodos*.⁴⁵

Detalle de un panel del templo de Isis en Pompeya con un trirreme (primera mitad del s. I d. C., Nápoles). Las velas están arriadas, ya que se dispone a entrar en combate. Se distingue sobre la cubierta una tropa de infantes de marina y se aprecia el espolón en la proa, destinado a embestir a las naves contrarias. Museo Arqueológico, Nápoles.



CAPÍTULO 6

LA NUEVA NOBLEZA

El prólogo de Salustio a la *Guerra de Jugurta*, como los chascarrillos sobre Ventidio, arremeten contra los grandes arribistas del periodo triunviral, los que ejercieron cargos políticos. Un paseo por el teatro, en cambio, nos permitirá levantar el telón sobre algunos de los advenedizos de menor categoría.⁶⁰ Uno de ellos fue Sarmiento, un etrusco que había sido esclavo de Marco Favonio hasta que este murió en Filipos. Todo apunta a que se trataba de un auténtico galán, esbelto, apuesto y desenvuelto. Gracias a su apariencia (y a su ingenio), no tardó en hacerse con un grupo de seguidores y se atrevió a actuar como si fuera un caballero, además de adquirir el cargo de secretario de un cuestor. Tamaña usurpación de los privilegios ecuestres (pues, aunque la definición del estamento ecuestre era difusa, de ninguna manera podía admitir a antiguos esclavos) al parecer desencantó a sus partidarios, en especial cuando el presuntuoso arribista osó sentarse en las distinguidas Catorce Filas que los caballeros tenían reservadas en el teatro.⁶¹ Pronto arreciaron los abucheos y las bromas en torno al nombre de Sarmiento y su gran parecido con la palabra latina *sarmentum*, «manejo de palos». Una fuente posterior, de hecho, registra tres de ellas:⁶²

1. «Manejo tiene un cargo de tesorero, el pueblo le desea otro» (*alium scriptum habet Sarmentus, aliud populus vouerat*).⁶³
2. «A cada cual, según sus méritos: así que dejad que Manejo tenga unos gruesos grilletes» (*digna dignis: sic Sarmentus habeat crassas compedes*).⁶⁴
3. «Campesinos, no malgastéis vuestras fuerzas, que alguien ate el Manejo» (*rustici, ne nihil agatis, aliquis Sarmentum alliget*).

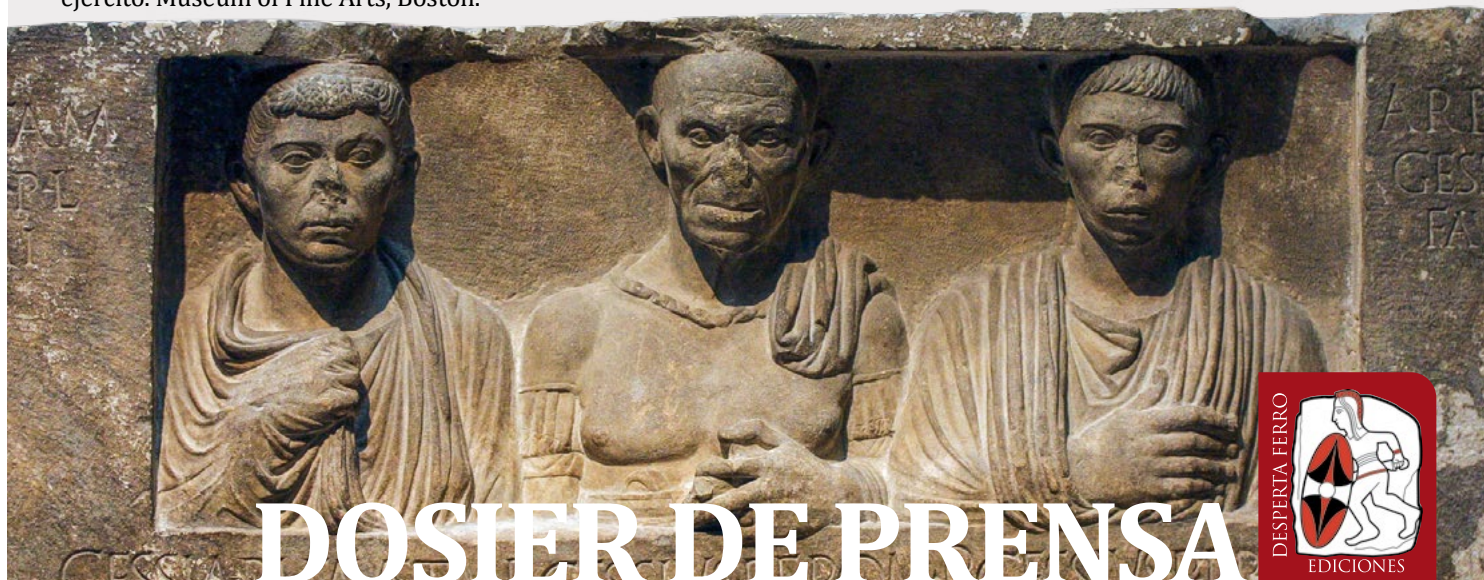
Cuando se le llamó a rendir cuentas, Sarmiento arguyó que Mecenas le había manumitido tras adquirir en subasta pública las propiedades de Favonio. El alegato, al parecer, funcionó.

Relieve en mármol de la tumba de Publio Gessio (ca. 50-20 a. C.), encontrado cerca de Viterbo. De hecho, aunque en la tumba no se especifica, el atavío de Publio deja a las claras que se trata de un veterano que habría ascendido a algún rango dentro del ejército. Museum of Fine Arts, Boston.

Es difícil ponderar la verosimilitud de esta historia. En efecto, Horacio califica a Sarmiento de antiguo esclavo (pero lo hace en un contexto humorístico) y le retrata como un escriba que participa en el viaje a Brindisi y entretiene a Mecenas y a sus amigos.⁶⁵ Las acusaciones contra él, por ende, pueden encerrar un trasfondo de verdad presentado de la forma más desfavorable. Es posible, por ejemplo, que Mecenas demostrara legalmente que Sarmiento había sido esclavizado de manera injusta.⁶⁶ En cualquier caso, todo apunta a que los escándalos suscitados por la trayectoria del apuesto muchacho le convirtieron en un blanco apetecible para los adversarios de Mecenas y Octaviano.⁶⁷ Delio, por ejemplo, afeó a Cleopatra que sirviera a sus invitados vino amargo cuando Sarmiento disfrutaba del exquisito caldo de Falerno; en su diatriba, llegó a asegurar que el galán era un amante de Octaviano.⁶⁸ Asumiendo que al menos esta parte del episodio sea cierta, podemos pensar que todas estas burlas populares fueron alentadas por los partidarios de Antonio. Pero lo cierto es que, tan pronto como las pullas comenzaron a extenderse, centenares de romanos se hicieron eco de ellas de manera vertiginosa. No en vano, los chascarrillos como estos permitían al pueblo desahogar su irritación contra los gobernantes de Roma con cierta impunidad.⁶⁹ Muchos de ellos, como los versos contra Ventidio, fueron recogidos en los panfletos que circularon durante el periodo triunviral, gracias a lo cual pudieron ser consultados por los historiadores posteriores;⁷⁰ es posible, de hecho, que las mofas aparecieran *solo* en dichos panfletos, lo que no obsta para que continuemos considerándolas un reflejo del sentir popular durante la década de los 30 a. C.⁷¹

Incluso los ciudadanos más humildes (o, mejor dicho, en especial los ciudadanos más humildes) pudieron reírse de los arribistas que se habían apoderado de la Roma antiguo gobernada por los *nobiles*.

La difusión de estas historias sobre las atrocidades de los triunviros y sus colaboradores daba a quienes las alentaban una cierta sensación de poder. La función de las maledicencias suele ser esa en todas las sociedades y épocas.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 7

EL SENTIDO DE COMPROMISO

A finales del 33 a. C. un habitante de Italia no podía depositar las mismas esperanzas en Antonio que en Octaviano, pues los acontecimientos de los últimos años habían separado profundamente a los triunviros. Octaviano había dado respuesta a los anhelos de la opinión pública itálica, mientras que Antonio no lo había hecho. Pero hablar aquí de esperanzas no debe llevarnos a pensar que se trató de un periodo eminentemente alegre. En sus *Geórgicas*, completadas en el 29 a. C., Virgilio formula un contraste entre la paz de la victoria definitiva de Octaviano y la incertidumbre previa, propia de un mundo fragmentado por la guerra. En especial el final del Libro 1, diseñado para ser leído en conjunción con la conclusión del poema,²¹⁵ evoca el horror de todo el periodo triunviral, con independencia de su fecha de composición. Con el asesinato de Julio César, los cielos romanos se oscurecieron, «cubriendo [el sol] su brillante cabeza de oscura herrumbre y provocando el temor de una noche eterna a una generación impía» (467-468). Desde la Urbe, el terror se desbordó por Grecia, escenario de dos guerras civiles, y terminó por inundar el mundo entero.

Resulta difícil, de hecho, no perder la esperanza en una crisis como esta, en la que

[...] *fas versum atque nefas: tot bella per orbem, tam multae scelerum facies, non ullus aratro dignus honos, squalent abductis arva colonis, et curvae rigidum falces conflantur in ense* (505-508).

se ha trastocado la ley divina de lo justo y de los injustos; tantas guerras hay por todo el mundo, formas tan variadas presenta el crimen; no hay para el arado honor alguno digno, arrancados los colonos de los campos, presentan estos un aspecto desolado y las curvas hoces se funden para espadas rígidas.

La inversión moral que describe Virgilio nos lleva una vez más a Salustio, pero con un desagradable giro

geórgico: las hojas curvas de las hoces romanas se metamorfosean en las espadas de la guerra civil.

Pese a todo, tras Nauloco, Octaviano comenzó a dar esperanzas a algunos itálicos, y les dijo (al principio, de manera contenida) que él podría convertirse en el centro político, que podría contener la sangrienta hemorragia que aquejaba a Roma y que había llegado la hora de que las convicciones se impusieran sobre las pasiones. Además, todo ello sucedía en un momento en el que cada vez se hacía más difícil buscar otra alternativa. Ya nadie podía albergar verdaderas simpatías por una República moribunda, más allá del puñado de nobles cuya «libertad» dependía de su sostenimiento. Y Antonio se había pasado demasiado tiempo tratando de administrar de un modo responsable unas tierras distantes que apenas interesan al autor de las *Geórgicas*. Por ende, Virgilio, en el paroxismo de su terrible retrato de los años triunvirales, da voz a un contenido optimismo cuando, en un momento de profunda emoción, deja de lado a «los dioses de Grecia y de la poesía» para dirigirse a las deidades que protegen Roma:²¹⁶

di patrii Indigetes et Romule Vestaque mater, quae Tuscum Tiberim et Romana Palatia servas, hunc saltem everso iuvenem succurrere saeclo ne prohibete (498-501).

¡Dioses Indígetes de la patria, y tú, Rómulo, y tú, Madre Vesta, que cuidas del etrusco Tíber y del Palatino romano, no impidáis, al menos, que este joven venga en socorro de un mundo arruinado!

Los dioses de Roma truncaron demasiado pronto la vida de un Julio César destinado a salvar a su pueblo, pero el gobierno de su joven hijo (Virgilio identificará a Octaviano como César en un verso posterior) todavía puede sanar las heridas morales de la sociedad. No se trasluce ninguna alegría en este ruego (¿qué ruego ha brotado nunca de la dicha?), pero la propia plegaria es un signo de esperanza, acaso vacilante pero no extinguida por completo, y en todo caso suficiente para alzar los ojos más allá de la terrible realidad circundante.

Denario de Octaviano (RIC 1 [2.ª ed.] 60, n.º 271).



CAPÍTULO 8

EL CONSENSO NACIDO DEL CAOS

Bajorrelieve hallado en la antigua Praeneste (Palestrina) en 1765 por Winckelmann. Probablemente ornaría la tumba erigida por un ciudadano de la ciudad que podría haber combatido en la flota de Octavio en Accio en el año 31 a. C., y de ahí el cocodrilo –símbolo de Egipto– que aparece bajo la popa de la nave. Museos Vaticanos, Roma.



Durante la mañana del 2 de septiembre, tras cuatro días seguidos de tormentas, la flota antoniana de 170 naves, con 20 000 legionarios y 2000 arqueros a bordo, tomó posiciones más allá de la desembocadura del estrecho.¹⁰⁰ El escuadrón de Cleopatra, con sesenta navíos adicionales, permaneció algo por detrás del centro de la formación. Por su parte, la basta línea octaviana de casi 400 barcos formó un amplio semicírculo en torno al enemigo, a una distancia de apenas una milla. Antonio se negó a avanzar, pues prefería que el primer choque se produjera junto a la costa, donde las naves se aglomerarían y Octaviano perdería su amplia ventaja numérica. Durante varias horas, por tanto, ambas flotas permanecieron a la expectativa bajo el sol de la mañana, hasta que, en torno al mediodía, comenzó a soplar desde el mar una ligera brisa, suficiente para sacar a Antonio y a Cleopatra de aquella trampa. Al punto, el ala izquierda antoniana comenzó a avanzar mar adentro; el ala derecha de Octaviano respondió retrocediendo. Mientras Agripa extendía su línea hacia el norte para tratar de flanquear la flota de Antonio, el ala derecha de este se puso en movimiento para evitarlo, con lo que comenzaron a abrirse espacios en ambas formaciones.

Pero entonces, para sorpresa de muchos de los hombres de Octaviano, y es probable que también para muchos de los de Antonio, Cleopatra izó sus velas y se precipitó junto con sus sesenta barcos a través de la línea enemiga. Antonio, tras trocar su buque insignia por otro barco de menos tamaño, la siguió en su huida y dejó atrás cerca de dos tercios de su flota y una proporción aún mayor de sus hombres. Los combates continuaron durante un tiempo en torno al promontorio, pero, tras la fuga de Antonio y Cleopatra, pronto comenzaron a parecer fútiles. Con el retorno del mal tiempo, en torno a las cuatro de la tarde, los últimos barcos antonianos comenzaron a rendirse. Aquella, pese a todo, no había sido la victoria definitiva que Octaviano había proyectado. Antonio había conseguido burlarle y, en cierto sentido, había salido mejor parado que el joven César.¹⁰¹ A fin de cuentas, si había huido junto a Cleopatra, no lo había hecho empujado por una devoción servil, como sostienen las fuentes más tardías, sino para salvar tantos barcos como pudiera y, con suerte,

reunirse más adelante con su ejército terrestre si es que este lograba escapar. Solo una semana más tarde, cuando aquel ejército se aproximó a las fuerzas de Octaviano para rendirse, Antonio comprendió que sus días estaban contados. Pero, por esencial que aquella desertión terminara resultando para los planes de Octaviano, es difícil que pudiera añadir más lustre a la batalla propiamente dicha.

Además de introducir las distorsiones ya comentadas, muchas de nuestras fuentes posteriores colorearon esta poco espectacular batalla con unos tintes dramáticos que no merece.¹⁰² Accio se convirtió en una gran conflagración naval entre Oriente y Occidente, entre las variopintas hordas de bárbaros orientales y las disciplinadas filas de valerosos itálicos, entre los dioses racionales del Olimpo y las monstruosas divinidades egipcias. La estrella de César brillaba sobre Octaviano mientras este permanecía, radiante, sobre la popa de su nave, en tanto que Cleopatra transmitía sus órdenes de batalla mediante su sonajero ancestral.¹⁰³ Las fantasías posteriores destruyeron muchos más barcos enemigos que Octaviano. Dion Casio, por ejemplo, imagina una tremenda conflagración que poco tiene que ver con las pocas naves antonianas que en realidad se llegaron a incendiar.¹⁰⁴ Octaviano, según él, mandó traer fuego de su campamento y procedió a incinerar buena parte de la flota de Antonio; quienes permanecían a bordo, «especialmente los marineros, murieron a consecuencia del humo antes de que les alcanzaran las llamas; otros, en cambio, se asaron en medio del incendio como en un horno. También otros perecieron abrasados por sus propias corazas» (50.35.2). Y aun otros, continúa el historiador, fueron asaeteados, ahogados o, algo no demasiado verosímil en pleno mar Jónico, «fueron devorados por las bestias marinas».



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

